

Capítulo XX.

Una traicion.

El motivo de la visita de Ovando al departamento donde habia reinado Anacaona, era el de destruir por completo á los vasallos de la desgraciada reina, para que aparecieran justificados los desórdenes á que daba lugar la resistencia pasiva que oponian á los españoles, y los actos que estos cometian contra los indios, escudados en su impunidad.

No quiso, sin embargo, el gobernador de la isla presentarse en actitud hostil á la reina de Xaragua.

Sabia que, engañada por la falsa creencia de que su esposo vivia y era objeto de las mayores atenciones por los reyes de España, profesaba gran afecto á los españoles, y queria aprovecharse de esta circunstancia para tenderle un lazo y concluir más pronto,

y sin perder un soldado, la empresa que le llevaba á Xaragua.

¡Cuán ajena estaba la pobre reina de las tristes desventuras que iban á destrozar su corazón!

Al saber la llegada del gobernador, mandó reunir en la ciudad á los caciques para recibirle con todos los honores que merecia.

Ovando iba al frente de un pequeño ejército, compuesto de trescientos infantes, armados con ballestas, arcabuces y espadas, y cincuenta ginetes completamente equipados.

Al anunciar su visita á Anacaona, la habia asegurado que sólo iba á verla con carácter pacífico y para regularizar el pago del tributo.

No era, sin embargo, la actitud y el equipo de sus soldados una prueba tranquilizadora de sus sentimientos amistosos.

Sin embargo, Anacaona, rodeada de las indias más principales y de los caciques, salió á recibir al gobernador.

—Que el cielo te bendiga, —dijo Anacaona, —é ilumine con sus esplendorosos rayos tu frente; yo te saludo, enviado de los reyes. Supongo que tus protestas de amistad serán ciertas. No tienes motivos para quejarte de mí. Mis caciques cumplen el juramento de fidelidad que han prestado; mis vasallos te pagan el tributo. Enfermos y pobres, no sabes cuánto les cuesta recoger de los campos, arrasados por el fuego de la venganza y la desesperacion, los frutos que te ofrecen.

—Anacaona, —respondió Ovando, —creo en tu lealtad; pero tengo motivos para creer tambien que tus caciques meditan el exterminio de mis guerreros en la oscuridad y en el silencio de las cavernas.

—Me juzgas mal, y yo te probaré lo contrario.

—Si es así, mi amistad será sincera.

Y Ovando tendió la mano á Anacaona.

Entonces la reina mandó á las mujeres que formaban su séquito que dieran principio á sus cantares y danzas.

Un hombre de corazon que hubiera asistido á aquel espectáculo, no hubiera podido ménos de comoverse.

La infortunada Anacaona, ausente de su esposo, ausente de su hija, reina algun tiempo antes, entonces esclava, mostrándose risueña al jefe de sus opresores, mostrándose tambien alegres las vírgenes que lloraban la muerte ó la esclavitud de sus padres, las esposas que habian visto perecer á sus maridos, ó vivian lejos de ellos, los indios que habian visto ultrajar á sus mujeres, todos queriendo complacer á su infortunada soberana, parecian al inocente corderillo besando el cuchillo que ha de cortar su cuello.

Despues de recibir á los españoles con la mayor benevolencia, les brindó un espléndido banquete.

Los caciques extendieron sobre la yerba blancas telas de mirabolán (C), sobre ellas ofrecieron á sus huéspedes el néctar suave (D), el xauxan, el ipotex asado, el sabroso guaraca, el incitante axí (E), las tórtolas cocidas, los suculentos xaxabes (F), los fres-

cos quemis (G), el dulce hanon (H), payas, yayanás (I) ó ananas, el caimito (J) el masuey (K), el guayaba, el jugo de magney (L), el agua de hobo, la esencia de guazuma: todos estos manjares eran para obsequiar á los españoles.

Ovando ofreció en cambio á los indios vino y aguardiente, que les parecieron superiores á sus bebidas.

La alegría de todos era inmensa.

El ódio habia desaparecido del corazon de los indios.

El banquete terminó.

Los indios empezaron sus bailes y ejercicios de agilidad y destreza, que dejaron asombrados á los españoles.

Anacaona hospedó en su palacio á Ovando, y en las mejores casas ó chozas de la poblacion se guarecieron los soldados.

Durante muchos dias fueron todos agasajados con esplendidez, y para distraer su ánimo á todas horas cantaban y bailaban en su presencia aquellos infelices.

Acompañaban á Ovando, siendo el más fiel de todos sus servidores, uno de los rebeldes más adictos á Roldán, que sentia hácia Anacaona un ódio profundo por los desaires que habia hecho á su infame seductor.

—¿Veis,—dijo á Ovando,—cuán cariñosa se presenta á nosotros?—En sus ojos se lee la satisfaccion, el afecto, la gratitud; pero ¡ay! bajo esa apariencia oculta el ódio más profundo. De la misma manera

recibió á Roldan, á Bartolomé Colon, y sin embargo, esto no era más que un ardid para inspirarles confianza, para seducirlos, para despertar en ellos una pasión violenta y asesinarlos al tenerlos en su poder. Guardaos de esa mujer: es el aspid que se oculta entre las flores; es la culebra que busca el pecho para devorarlo.

Ovando no olvidó esta malévolas insinuación.

Por otra parte la belleza de aquel país, su espléndida vegetación, todo le convidaba á apoderarse por completo de aquel territorio, para formar en él una magnífica colonia, y halagado por este sentimiento de vanidad, acariciaba un plan inicuo, cuyos resultados vamos á conocer en breve.

Agasajado por Anacaona, necesitaba corresponder á sus bondades, y le ofreció un espectáculo que recompensase las danzas y las músicas de los indios.

Los ginetes que tenía Ovando á sus órdenes eran muy diestros, y había entre ellos uno que había enseñado á su caballo á saltar al compás de la música.

Dispuso el gobernador un juego de cañas, que debía celebrarse el domingo siguiente con asistencia de la reina y de todos sus vasallos.

Gran satisfacción causó á los indios la esperanza de asistir á aquel torneo.

Ovando dió órdenes secretas á sus capitanes.

Indicaba á los ginetes que combatesen, no con cañas ni picas despuntadas, sino con armas verdaderas, y á los peones les mandó asistir como meros espectadores á la función, pero bien armados y dis-

puestos á romper las hostilidades en el momento en que les diese la señal.

Llenos de confianza los caciques, acudieron al paraje del torneo sin armas.

Preparado todo por Ovando á medida de su deseo, dispuso que Anacaona y las indias asistiesen á la función desde una casa de las más principales de la plaza; reunió á los caciques en su palacio, y para que no sospecharan sus intenciones, se puso á jugar con los oficiales, acariciando la siniestra esperanza de hacer en breve sus esclavos á todos aquellos que como amigos se acercaban á él.

Había dicho á los suyos:

—Cuando veais que coloco mi mano derecha sobre la cruz de Alcántara que llevo en el pecho, cumplid mis órdenes.

Aguardaban los indios impacientes que empezara la justa, cuando el sonido de una trompeta les hizo creer que sus deseos iban á verse satisfechos.

Presentáronse en la plaza sobre sus caballos, completamente armados, los cincuenta ginetes.

Los infantes no tardaron en llegar.

Ovando se presentó en la puerta del palacio, é hizo la señal convenida.

Instantáneamente rodearon los soldados de á pié la casa donde estaba Anacaona con las mujeres, y los de á caballo cayeron como fieras sobre los indios que habían asistido en calidad de espectadores á la prometeda justa, y aguardaban en la plaza á que empezara.

Fué tan rápido el ataque, y tan inesperado para los indios, que al ver á los ginetes acercarse sobre ellos, creyendo que era una maniobra, un juego, ni se movieron siquiera de sus puestos.

Infinitos murieron bajo el filo de las espadas de aquellos hombres indignos del nombre de civilizados.

Ovando intimó la rendicion á los caciques, y los hizo llevar prisioneros á una casa inmediata á su palacio.

Uno de sus capitanes, don Diego Velazquez, tuvo la triste honra de prender á la reina Anacaona y á alguna de sus servidoras más queridas, llevándolas al palacio de Ovando, donde quedaron á su disposicion.

Las demás fueron amarradas á los maderos que sostenian la techumbre.

Ovando necesitaba justificar á los ojos de los reyes aquel acto brutal, y obligó á los indios á fuerza de tormentos á que declarasen que habian conspirado contra él para librarse de su dominio, con lo cual justificaba el atroz castigo que pensaba imponerles.

Cediendo al dolor de los tormentos hicieron aquella declaracion ante los escribanos, y una vez terminado tan irrisorio proceso, mandó Ovando incendiar las dos casas que habia próximas á su palacio.

En una estaban los caciques.

En otra los indios prisioneros.

Pronto deslumbró sus ojos un resplandor siniestro.

Las chozas ardian, y perecian quemados en ellas los pobres indigenas, atronando el espacio con los desgarradores gritos de su espantosa agonía.



CRISTÓBAL COLON.—Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué conducida á Santo Domingo.

Entre tanto los rebeldes atropellaban á los indios de la ciudad y á los que hallaban en los caminos, hi-riéndoles con las espadas ó atravesándoles con las lanzas.

«No hubo misericordia para sexo ni edad, dice un historiador; todo fué carnicería.

»Alguno que otro caballero, ó por piedad, ó impulsado por la avaricia, queria salvar á un niño y lo cogia en sus brazos; pero ni aun así lo respetaban.

»Pronto la lanza de alguno de sus compañeros atravesaba en sus propios brazos á los niños indefensos.»

Los pocos habitantes de Xaragua que pudieron librarse de aquella horrible hecatombe huyeron á una isla próxima, á Guanabo, ó corrieron á engrosar las filas de los ciguayos, refugiándose en sus ásperas montañas.

Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué conducida á Santo Domingo (M).